

# CARTAS GALANTES

## Contactar con la autora

### [Volver a la portada principal](#)

[Mario]

Con el cuerpo cambiado por tres meses de embarazo, sentí que volvía a estrenarte. Estabas más rellenita, más redonda y suave aún, con el vientre incipiente insinuando su tierno y delicado contenido, una promesa de vida, vuestra ilusión. Lo acaricié, le hablamos. De algún modo, lo sentía mío también. Y los pechos, tan crecidos, qué novedades. Nos amamos con la brevedad de la hora avanzada y del peligro de ser sorprendidos *in fraganti* en el peor momento de nuestro romance. Más aún, en medio de la peor afrenta a nuestras parejas oficiales, tú sobre mí para no tener que forcejear sobre aquella primicia, sobre aquel resultado de amores ajenos...

Tras un encuentro tan inesperado y feliz volvieron tus latencias y los días en blanco. Hasta que, recuperado de mi rotura, me citaste nuevamente dos meses más tarde en nuestro refugio. Volví a estar ansioso, como siempre me pasaba contigo al reclamarme tras una etapa de ausencias... Fue un mal día de un mal año en que mi salud comenzaba a dar indicios de que todo lo nuestro no marchaba bien por los rumbos de la incertidumbre... Me estaban afectando de lleno aquellas intermitencias tuyas que llevaban mis ánimos de la euforia exultante de nuestros encuentros a la tristeza más corrosiva de los períodos de silencio... ¿Quieres que te lo diga más claro? Tus ausencias me hacían sentir rabia. Cada vez que te estaba esperando, a medida que el tiempo pasaba y tú no aparecías, sentía dentro de mí un odio creciente. En cambio, todo se diluía como por encanto con tus regresos inesperados. Ya ves, subir y bajar, bajar y subir, en eso consistía lo nuestro. Y estaba empezando a hartarme.

Aquella tarde me dolía el estómago, y antes de que llegaras tuve que tomar un antiácido. Pero, además, luego lo supe, andaba realmente deprimido, ausente y sin ilusión, sin ganas de hacer nada. Paradojas de la vida, tú eras el único remedio capaz de sacarme de aquel estado lamentable... Tuve que acostarme mientras te esperaba, así que me encontraste en la cama, adormilado...

Subiste sin sorpresas, sin llamar y sin trucos, con cita previa convenida por teléfono. Me sacó del ensueño el ruido de la llave al abrir la puerta. Dudaste al no ver luces. Con paso inusual y poco decidido, como último recurso, te asomaste a ver si me hallaba en el dormitorio...

No esperabas encontrarme allí, y menos aún con semejante desgana. Te conté lo que me pasaba, pero, como siempre, callé la causa. Que no era otra que tú misma y la sensación de abandono en que me tenían sumido tus silencios, cada vez mayores y más perjudiciales para mi salud...

No quisiste forzar mi desánimo y allí permanecimos, conversando como dos novios de antes. Cogidos de la mano, jugando con los dedos, mirándonos, a ratos sin hablar, o intercambiando algunas impresiones... Dada mi inutilidad como amante para aquella tarde, no quisiste ir más allá, pese a tus evidencias a flor de piel. Tenías la mirada encendida y los labios inquietos, ansiosos, suplicantes...

Era una tarde calurosa del mes de junio, y, pese a ello, yo me sentía a gusto abrigado debajo de la manta. Al final, acabaste por traspasarme aquellas inquietudes y osé llevar mis manos hasta tus pechos, intentando calibrar el crecimiento que habían experimentado en cinco meses de gestación...

-Están grandes, ¿verdad? -te dije travieso, con la curiosidad de un niño.

-Están enormes, amor, si es eso lo que quieres oír. No encuentro tallas para ellos -contestaste risueña-. ¿Deseas verlos?

-Me encantaría, Moni. Lo estoy esperando -sonreí pícaro.

Te soltaste una de las hebillas del peto que llevabas puesto, el otro tirante salió solo. Luego desabrochaste sin prisas los botones de una blusa amarilla. Aparecieron entonces dos volúmenes superlativos acorazados en sus perfiles cónicos de alambres y ballenas recubiertos de satén blanco. Soltaste las amarras de la espalda inclinándote hacia mí, y cuando las barreras saltaron hacia arriba por efecto de la tirantez, dejaron libres ambos senos maternos. Con qué orgullo desafiaban sus límites y el propio peso, Moni, nunca había contemplado algo tan esplendoroso...

Mostraban una blancura invernal, pero los pezones y las areolas estaban más oscurecidos de lo habitual a causa del embarazo. Una verdadera delicia para la vista, y tú sosteniéndote las ropas para mantenerlos íntegramente desnudos a mis ojos. Yo, extasiado con aquella visión, y tú, llena de paciencia, ofreciéndomela como compensación a tantas semanas de ausencia. Al final, me decidí y los palpé. Luego los sopesé, los acaricié, los amasé y jugué con ellos. En medio de un silencio solemne cerraste los ojos para centrarte mejor en tus sensaciones internas. Tuve que incorporarme para llevármelos a la boca. Entonces, tú te inclinaste, facilitándome las intenciones como una nodriza. Los lamí, los besé, hice el travieso con la lengua, y tal fue el resultado de tanta delicia que empezaste a jadear. Pude ver aún cómo apretabas los labios, y, con la respiración entrecortada, acabaste resoplando a la vez que exhibías una mirada llena de felicidad, fuera de ti misma, perdida en quién sabe qué inefables gozos de mujer camino de la maternidad...

### **[Mónica]**

*Te cebaste sobre mis pechos como un bebé hambriento, mientras yo te los ofrecía igual que si me hallara necesitada de lactancia. Me sorbiste, me estrujaste, y, como si tus males se hubieran desvanecido en un instante, me llevaste de nuevo a las cimas del placer... Qué escalofríos tan derretidores fluyeron entonces desde mis senos de madre hacia las orillas de todo el cuerpo, Mario. Fue espeluznante, realmente disociador. Pude sentir cómo me licuaba por dentro hasta quedar empapada, y tuve que cambiarme después. De algún modo, me devolviste el favor del día de los Inocentes... Te pregunté si querías que regresara al día siguiente, si ya estarías bien para poder disfrutarme completa, y a ti se te encendieron los ojitos de pillo y me dijiste que sí, que estarías esperándome a la misma hora, que ya te estabas recuperando por momentos y andabas hecho un bravo ansioso de ir de correrías...*

*Las horas se me hicieron interminables aquella noche y la mañana que le sucedió, esperando que llegase el momento decisivo. Apenas unas horas antes había sufrido pánico imaginando que mis nuevas formas te disgustasen. Que aquellos pechos excesivos desarmonizaran con tus preferencias, que el nido femenino y sus brañas exageradas te estorbaran la vista, que mi cuerpo oblongo por los cinco meses de embarazo lo vieras deforme y no caldeara ya tus sentidos, que en aquellas abundancias de sobras vieses otra diferente y perdieras ese interés incontrolable tuyo ante mis desnudeces...*

*Y, sin embargo, tonta de mí, aquellos aumentos y mis nuevos perfiles excitaron mucho más aún tus ganas de que siguiéramos pecando juntos. Y no solo eso, sino que yo misma fui capaz de sentirte con mucha mayor intensidad, como quedó patente la tarde anterior...*

*Volé hacia nuestro refugio secreto con tanta premura que llegué antes de la hora convenida. Al comprobar que no estabas todavía, aproveché para recibirte como solo una reina es capaz de hacer con su príncipe... Cambié la ropa de calle por las prendas más innecesarias y excitantes a tus ojos, las de las ocasiones, blancas como las de una virgen.*

*Medias, un picardías de lo más agradable de llevar, un collar de perlas al cuello, largo, con dos vueltas, hasta rebasarme los pechos, y una pamelita amplia para la que tuve que recogerme el pelo... Aún me dio tiempo para esperarte tumbada en la cama leyendo una revista del corazón y pillarte por sorpresa. No tardé en oír cómo abríais la puerta...*

**[Mario]**

Cuando entré en el dormitorio buscándote quedé absolutamente fascinado. Allí estabas, insinuando más que tapando, mostrando más que ocultando todos tus nuevos atributos de madre. Con el rostro amable y lleno de la espera, los pechos apretados bajo la delicada y transparente lencería, el vientre henchido de promesas, el cuerpo exultante de fertilidades, el negro y abigarrado vellón escapando por la entrepierna, los muslos generosos proclamando suavidades bajo el final de las medias, los pies, coquetos, tentando preferencias por otras partes del cuerpo menos renombradas. Allí estabas, fingiendo aires de ausencia e indiferencia, bajo una pamelita blanca con su ceñido ramito de flores silvestres sobre el ala...

Me acosté a tu lado, y, sin pronunciar palabra, abandonaste la revista para desvestirme... Nos besamos bajo la pamelita. Te la quité, me pareció un estorbo inoportuno. No nos soltamos hasta haber licuado por completo nuestras bocas. Te acaricié el vientre fecundo, acompañado de una de tus manos. Lo ausculté. Oí tus ruidos corporales acompañados de los suyos, dos pulsos mezclados, como el ritmo de una danza ancestral. Al rato, cambió de postura y empezó a dar pataditas. Lo mimamos juntos, lo recorrí con besos. Te pusiste como un cuadro de Goya llevando tus manos detrás de la nuca, a la vez que abríais las piernas de par en par para ofrecerme el espectáculo de tu flor fructificada. Realmente cautivadora, imposible renunciar a tanto esplendor. Te incorporaste para cabalgarme sin previo aviso con gran agilidad, y, a cuatro patas, me rastrillaste arriba y abajo con aquel asilvestrado sotillo de ensueño, hasta detenerte ante mis propias barbas para barrerme la cara. Qué cosquillitas en la nariz y en la barbilla. Intenté atrapar la fronda con los labios, pero escapaste para repetir la maniobra de rodillas. Apoyada dificultosamente sobre las manos, me acercaste aquellos pechos ostentosos y espléndidos, todo un escándalo de suavidades sobre tu cuerpo menudo, dos frutos a punto de estallar de tanta tersura... Y su tacto, de lo más excitante, qué tiernos... Tiré de la borla que mantenía sujeta aquella prenda tramposa a tu cuello y se desprendió, quedando libres en su desnudez. Dejaste colgando sobre mi boca aquel par de racimos maduros que amenazaban con desprenderse de tanto sobrepeso. Libé en sus mieles todo el rato que maniobraste encima de aquellos labios míos que tanto ansiabas, los giraste arriba y abajo, a izquierda y derecha, bamboleantes. Y tus ojos... Tus ojos, Moni, cómo brillaban de lujuria. Tenías los brazos asidos a lo alto de la cabecera de la cama, y las alas de tu nariz, bien abiertas, dejaban pasar una respiración alterada. Y tus labios... Qué labios, Moni, estaban hinchados, se te veía desesperada de tanto placer como corría por tus adentros. Qué mirada de complacencia la tuya, prendida a mis ojos que no daban abasto con tanta belleza reunida en tu cuerpo lleno de vida. No había manera de que dejaras de avasallarme con tus pechos, qué debía estar pasando dentro de ti a juzgar por tanta insistencia, y por tus relinchos. Tenías la mirada perdida, andabas por completo concentrada en tus goces, pero, aun así, no soltaste presa y bajaste a ocupar mi desafortunada verga, que se hallaba en preocupante estado, a punto de romper sus barreras protectoras. Te la llevaste con una de las manos hacia aquel matorral de negruras, y, sin encontrar la menor estrechez ni obstáculo alguno, te hundiste encima de ella con todo tu peso, quedando así clavada hasta la empuñadura sobre el mástil de mis virilidades...

Allí te cebaste conmigo, aspirante a madre, de rodillas sobre mí, con tu suave vaivén arriba y abajo. Los pechos cimbreantes, tu vientre abultado entre mis manos, henchido de vida, con su forma de globo terráqueo, fijo en la posición pese al subibaja. Pura sinfonía de amor, querida, tú ensimismada dentro de tus ausencias, con los ojos entornados... ¿Y tus

gemidos? Lo mismo que la respiración forzada, qué regalo para mis oídos. Estabas tan derretida por dentro que ya apenas notaba tus entrañas festivas albergándome, solo tus cataclismos, uno detrás de otro. Me ordeñaste varias veces, no podría decir cuántas, todo ello sin descabalgarme. Qué descargas pude sentir en tus entrañas, y sin venirme abajo un solo momento, Moni, solo un galope más entonado con cada estremecimiento. Hasta que, finalmente, te desmoronaste sobre mí y quedamos fundidos por los labios en un beso que más bien parecía fuéramos a robarnos incluso el aliento... Ambos permanecemos soldados en esa posición de fuerza, tú sobre mí, derramándome los cabellos sobre la cara, no sabría decir cuánto tiempo...

Cuando por fin lograste liberarte de tu anclaje aún quedamos mirándonos extasiados un largo rato, como en los primeros tiempos. Desnudos sobre el lecho acogedor, tocándonos, acariciándonos lo más prohibido. Tú, embriagándote en la eclosión de tu cuerpo, y yo, víctima de tu hechizo de embarazada. Hubiéramos continuado devorándonos tras la pausa, pero la razón sugirió prudencia con tus fragilidades de madre en ciernes. Tuvimos que conformarnos con algunas adyacencias y ese contemplarnos el uno al otro sin soltar los ojos, inolvidable. Sin embargo, era la última vez que yo entraba en tu cuerpo por los cauces reglamentarios, quién lo iba a decir en aquellos momentos tan espléndidos...

Posiblemente presentimos que se trataba de nuestro último acoplamiento, pues no había manera que llegase el momento de separarnos. Se nos hizo tarde, y tú tuviste que saltar de la cama y vestirme a toda prisa... Te despedí tras la puerta, amarrándonos de nuevo en un tierno beso final, enganchado, largo, que casi llamaba de nuevo a festejar tus perentorias novedades...

Al quedar solo me di cuenta de que estaba flotando en las mismísimas nubes, el suelo parecía fallarme... ¿Me dejas que diga ahora la verdad, el secreto que aún no te he contado, querida Mónica? Aquella tarde me sentí más niño que nunca. De repente, caí en la cuenta de que había cometiéndome la mayor travesura de mi vida: follarme a la mujer de mi mejor amigo, embarazada de él. Nada menos me lo había estado pasando bomba a costa suya, de mi amigo Juan Belmonte Zayas. ¿Sabías que de niño me hacía la vida imposible y hasta se llevó después mi primera chica? Qué ironías tiene el destino. Sin quererlo ni planificarlo, le había devuelto su jugarreta con creces. Yo, aquel *pocacosa* de Mario Sánchez Tiermas, lo había ascendido a la categoría de cornudo del mejor modo posible. Ahora iba a sentir miedo de cruzarme con él por los pasillos armado de semejante cornamenta en la cabeza, así que me sonreí para mis adentros... Mi mejor revancha, Mónica querida, mi fiel amante, esposa del amigo que me robó el primer amor a los dieciséis años... Le estaba ajustando las cuentas sin haberlo buscado. Era la peor de las venganzas, un regalo del Destino, y también el mayor desatino de mi vida...

Ahora, ya lo sabes... Discúlpame, amor, estas pequeñeces con las que nada tienes que ver, pero pusiste en mis manos... Tú misma, con tus veleidades. Pero no es momento de echar nada en cara de nadie, que ambos tenemos excesivas cosas que callar...

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la portada principal](#)

**Creaciones Erotismo Fantástico**

